

COMENTARIO EXEGÉTICO AL  
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

2<sup>a</sup>  
CORINTIOS



editorial clie

**Samuel Pérez Millos, Th.M.**

## **EDITORIAL CLIE**

C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
Internet: <http://www.clie.es>

## **COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO**

### **2ª CORINTIOS**

Copyright © 2020 Samuel Pérez Millos

Copyright © 2020 Editorial CLIE

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).*

ISBN: 978-84-16845-92-7

ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Impreso en Estados Unidos de América / *Printed in United States of America*

Depósito Legal: B 2878-2020

Clasifíquese:

REL006070

Comentarios bíblicos

Nuevo Testamento

Referencia: 225048

## **DEDICATORIA**

A mi hermano y amigo *Eliseo Martínez Pascali*, uno de los pastores de la Iglesia Evangélica en Gijón, España, que ha colaborado en la lectura de cada uno de los volúmenes de esta serie, velando por la correcta referencia de los textos bíblicos y sugiriendo la rectificación de frases que no resultasen claras.

Su inestimable ayuda en esta tarea me ha liberado de una notable carga adicional, demostrando con ello, no solo un afecto entrañable como hermano, sino un amor profundo por la exposición de la Escritura.

Del Señor recibirá la recompensa por el bien hecho.

Con mi reconocimiento personal.

# ÍNDICE

## II CORINTIOS

<b>Prólogo</b>	11
<b>Capítulo I</b>	15
<b>Dificultades y consuelo</b>	15
Introducción	15
<b>Introducción a la Segunda Epístola a los Corintios</b>	16
La fundación de la iglesia	16
Relación de Pablo con la iglesia	17
La correspondencia corintia	17
Autor	18
<b>Motivos</b>	20
Situación histórica	20
Visita intermedia a Corinto	23
Razones del escrito	24
<b>Autenticidad e integridad de la Epístola</b>	25
La Epístola en la Iglesia	25
Integridad	27
Aspectos doctrinales	29
Cristología	29
Neumatología	29
Eclesiología	29
Soteriología	30
Escatología	30
Lugar y fecha de redacción	30
<b>El texto griego</b>	31
Generalidades	31
Familias textuales	32
Testigos textuales	33
El <i>Textus Receptus</i>	34
<b>El texto griego de la Epístola</b>	36
Texto griego refundido	36
Referencias a textos griegos para la Epístola	37
Aparato crítico	37
Interlineal	42
Análisis del texto griego	42
Aparato crítico del texto griego	43
Otras precisiones sobre el texto griego	43
Versiones castellanas para el estudio	43
Bosquejo	45

<b>Comentario a la Epístola</b>	48
<b>I. Inicio</b>	48
Saludos (1:1-2)	48
<b>Gratitud por la ayuda divina (1:3-11)</b>	62
Consolados para consolar (1:3-5)	62
El propósito de la consolación (1:6-7)	73
Experiencia de la acción divina (1:8-11)	78
<b>II. Posición por la ofensa recibida (1:12-2:13)</b>	86
<b>El cambio de planes y sus razones (1:12-2:4)</b>	86
Honestidad del apóstol (1:12:14)	86
El programa inicial (1:15-16)	93
Crítica del programa (1:17)	96
Firmeza en el compromiso (1:18-22)	99
Cambio del programa (1:23-2:4)	109
Razones primeras (1:23-24)	109
<b>Capítulo II</b>	115
<b>Arrepentimiento y restauración</b>	115
Introducción	115
Determinación (2:1-4)	117
<b>Actitud conciliadora (2:5-11)</b>	124
Invitación al perdón (2:5-7)	124
Razones para la restauración (2:8-11)	129
<b>La inquietud de Pablo (2:12-13)</b>	135
<b>III. El ministerio del apóstol (2:14-6:10)</b>	139
<b>La confirmación del ministerio: victoria (2:14-17)</b>	139
<b>Capítulo III</b>	153
<b>Ministros del Nuevo Pacto</b>	153
Introducción	153
<b>La recomendación del ministerio: los creyentes (3:1-3)</b>	155
<b>La competencia para el ministerio: el Nuevo Pacto (3:4-18).</b>	162
<b>Capítulo IV</b>	205
<b>Vida en la fe</b>	205
Introducción	205
<b>El carácter del ministerio: sobrenatural (4:1-7)</b>	207
Lo oculto y lo manifiesto (4:1-2)	207
Los ciegos y los iluminados (4:3-4)	212
La predicación y la luz (4:5-6)	224
Los débiles y el Poderoso (4:7)	230
<b>Las circunstancias del ministerio (4:8-18)</b>	232

Pruebas y triunfos (4:8-10)	232
Muerte y vida (4:11-12)	238
Lo escrito y lo hablado (4:13)	241
Pasado y futuro (4:14)	243
Gracia y acción de gracias (4:15)	245
Lo temporal y lo eterno (4:16-18)	247
<b>Capítulo V</b>	255
<b>En la esfera de la gracia</b>	255
Introducción	255
<b>El impulso para el ministerio (5:1-21)</b>	257
Seguridad de la resurrección (5:1-9)	257
Juicio ante el tribunal de Cristo (5:10-13)	278
El amor de Cristo (5:14-21)	289
<b>Capítulo VI</b>	323
<b>Servicio comprometido</b>	323
Introducción	323
<b>La conducta en el ministerio (6:1-10)</b>	325
El ejemplo de exhortación (6:1-2)	325
El ejemplo de sufrimiento (6:3-10)	330
<b>IV. Exhortaciones apostólicas a los corintios (6:11-7:16)</b>	348
<b>Cambio de actitud respecto a su persona (6:11-13)</b>	348
<b>Separación del mal (6:14-7:1)</b>	352
<b>Capítulo VII</b>	367
<b>El gozo abundante</b>	367
Introducción	367
<b>Gozo en el arrepentimiento (7:2-16)</b>	372
<b>Capítulo VIII</b>	407
<b>La ofrenda</b>	407
Introducción	407
<b>V. La ofrenda para los santos de Judea (8:1-9:15)</b>	409
<b>Principios para ofrendar (8:1-6)</b>	409
<b>Propósito al ofrendar (8:7-15)</b>	420
<b>Normas para ofrendar (8:16-9:5)</b>	441
Los comisionados del apóstol (8:16-22)	441
Recomendaciones sobre Tito (8:23-24)	453

<b>Capítulo IX</b>	459
<b>Generosidad</b>	459
Introducción	459
Preparación para la ofenda (9:1-5)	461
<b>Promesas para quien ofrenda (9:6-15)</b>	468
Gozo en el que ofrenda (9:6-7)	468
Bendiciones para quien ofrenda (9:8-15)	472
<b>Capítulo X</b>	493
<b>Defendiendo el ministerio</b>	493
Introducción	493
<b>VI. Defensa del ministerio apostólico (10:1-12:18)</b>	496
<b>La autoridad apostólica de Pablo (10:1-18)</b>	496
Resolución del apóstol (10:1-7)	496
Confrontando a los adversarios (10:8-18)	509
<b>Capítulo XI</b>	531
<b>Testimonio y sufrimiento</b>	531
Introducción	531
<b>Las señales del apostolado de Pablo (11:1-12:18)</b>	533
La conducta del apóstol (11:1-15)	533
Los sufrimientos del apóstol (11:16-33)	566
<b>Capítulo XII</b>	599
<b>Experiencias y proyectos</b>	599
Introducción.	599
Las revelaciones del apóstol (12:1-10)	601
El desinterés del apóstol (12:11-18)	623
<b>VII. Últimas instrucciones (12:19-13:10)</b>	638
<b>Llamado al arrepentimiento (12:19-21)</b>	638
<b>Capítulo XIII</b>	651
<b>Conclusión</b>	651
Introducción	651
<b>Firmeza en su programa (13:1-10)</b>	653
<b>VIII. Saludos y despedida (13:11-14)</b>	674
<b>Exhortación (13:11)</b>	674
<b>Saludos (13:12-13)</b>	682
<b>Bendición (13:14)</b>	683
<b>Bibliografía</b>	695

## COMENTARIO A LA EPÍSTOLA

## I. Inicio

## Saludos (1:1-2)

**1. Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya:**

Παῦλος ἀπόστολος Χριστοῦ Ἰησοῦ διὰ θελήματος Θεοῦ καὶ  
 Pablo apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios y  
 Τιμόθεος ὁ ἀδελφὸς τῆ ἐκκλησίᾳ τοῦ Θεοῦ τῆ οὔσῃ ἐν Κορίνθῳ  
 Timoteo el hermano a la iglesia - de Dios - que está en Corinto  
 σὺν τοῖς ἁγίοις πᾶσιν τοῖς οὖσιν ἐν ὅλῃ τῇ Ἀχαΐᾳ,  
 con los santos todos los que están en toda - Acaya.

Análisis y notas del texto griego.

Análisis: Παῦλος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Pablo*; ἀπόστολος, caso nominativo masculino singular del nombre común *apóstol*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; διὰ, preposición propia de genitivo *por*; θελήματος, caso genitivo neutro singular del nombre común *voluntad*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre divino declinado *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Τιμόθεος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Timoteo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀδελφὸς, caso nominativo masculino singular del nombre común *hermano*; τῆ, caso dativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ἐκκλησίᾳ, caso dativo femenino singular del nombre común *iglesia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre divino declinado *de Dios*; τῆ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; οὔσῃ, caso dativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *ser, estar*, aquí *que está*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; Κορίνθῳ, caso dativo femenino singular del nombre propio *Corinto*; σὺν, preposición propia de dativo *con*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγίοις, caso dativo masculino plural del adjetivo *santos*; πᾶσιν, caso dativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὖσιν, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *ser, estar*, aquí *que están*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; ὅλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo *toda, entera, completa*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; Ἀχαΐᾳ, caso dativo femenino singular del nombre propio *Acaya*.

Παῦλος. La *Epístola* se inicia de la forma habitual en la correspondencia epistolar del tiempo del apóstol, con la identificación del remitente. En este caso mencionando el nombre del autor que se presenta como *Pablo*. En esta introducción hay dos elementos, por un lado, la identificación tanto de quien escribe como de los destinatarios, seguido de un segundo con un breve saludo para los receptores.

El encabezamiento se encuentra en el Nuevo Testamento no solo en el *corpus paulino*, sino también en otros escritos (cf. 1 P. 1:1s; 2 P. 1:1s; Jud. 1s). La introducción adquiere una fórmula propia de la correspondencia oficial, lo que es ya el primer indicativo de que, aunque dirigida a creyentes de una determinada iglesia, es para todos los lectores en cualquier tiempo. Es evidente que hay asuntos que están vinculados a los creyentes en Corinto, pero, las enseñanzas generales se establecen para todos los creyentes en todos los tiempos. No se trata de un escrito privado sino de alcance universal para quienes lo puedan leer en cualquier tiempo a lo largo de la historia de la Iglesia.

El remitente se presenta con el nombre griego de *Pablo*<sup>14</sup>, que también es un nombre romano o latino, conforme al uso habitual en todos sus escritos. Debe recordarse que el apóstol tiene también el nombre hebreo impuesto por sus padres de *Saúl* o *Saulo*, probablemente dado en recuerdo el primer rey de Israel que era, como el apóstol, de la tribu de Benjamín. Éste fue el nombre por el que Jesús lo llamó en el camino a Damasco (Hch. 9:4). ¿Existe alguna razón por la que usa habitualmente como identificativo personal el nombre romano en lugar del hebreo? Tal vez pudieran presentarse algunas posibilidades, como que su ministerio está relacionado con los gentiles, pero, cualquier razón que pretenda justificar el uso del nombre, no tiene base bíblica.

ἀπόστολος Χριστοῦ Ἰησοῦ. Junto con el nombre aparece una titulación ministerial “*apóstol de Cristo Jesús*”, lo que confiere ya desde el principio el carácter autoritativo de quien escribe desde esa condición. Es apóstol por *llamamiento* divino. En sentido general el término ἀπόστολος, *apóstol* se usa para referirse a alguien enviado con una misión. En algunas ocasiones y en ese sentido de *enviado* se designa a quienes eran enviados con una misión eclesial encomendada, así se llama a Epafrodito como enviado por la iglesia en Filipos con una ofrenda para el apóstol (Fil. 2:25). Pero, en modo específico de ministerio conferido por el don recibido, sólo pueden considerarse como apóstoles los doce del Colegio Apostólico, incluido Matías (Hch. 1:26) y Pablo, el apóstol a los

---

<sup>14</sup> Griego Παῦλος.

gentiles. Solo ellos recibieron el don y sólo ellos fueron acreditados con señales específicas de apóstol (2 Co. 12:12). Ese don se dio, entre otras razones, para establecer la base doctrinal sobre la que se sustenta la Iglesia (Ef. 2:20), apoyada sobre el único fundamento que es Cristo (Hch. 4:11; 1 Co. 3:11; 1 P. 2:6ss).

El apóstol lo es “*de Cristo Jesús*”, indicando que es enviado y comisionado directamente por el Señor, en otras palabras, mensajero personal de Cristo Jesús, legitimado por Él y autorizado para hablar en Su nombre. Esto confiere a sus palabras la misma autoridad que si procedieran directamente de Jesús, el Señor y Cabeza de la Iglesia (Ef. 1:22). No es de extrañar que Pablo diga que lo que Él escribe “*son mandamientos del Señor*” (1 Co. 14:37). Todavía más, como apóstol él y los otros doce, son el *don* que Cristo exaltado da a la iglesia para establecer el fundamento doctrinal (Ef. 2:20). Pablo es administrador o servidor de los recursos de la gracia que le fueron encomendados (Ef. 3:2 ss.). A Él le fue declarado por revelación *el misterio de Cristo* (Ef. 3:3). Esa posición apostólica le permite contarse entre los otros apóstoles de Jesucristo (Ef. 3:5). La introducción condiciona ya la lectura de la *Epístola* desde dos presupuestos: 1) la autoridad del escritor como comisionado por el Señor; 2) la razón del escrito vinculado con la Iglesia, primariamente la de Corinto y en general cualquier otra.

διὰ θελήματος Θεοῦ. El apostolado lo recibió por *voluntad de Dios*. Esto da a entender que no fue Pablo el que escogió dedicarse a ese ministerio, sino que fue Dios que le llamó a desempeñarlo, por tanto, no fue una opción de vida que Dios puso delante de él, sino un mandato que soberanamente le fue impuesto luego de su conversión. Él fue alcanzado por Jesús, en el camino a Damasco, para salvación, pero el resultado de ella le confiere, por voluntad divina, el don de apóstol de Cristo Jesús.

El apostolado de Pablo no solo procede de Jesucristo, sino que lo es también διὰ θελήματος Θεοῦ, “*por la voluntad de Dios*”. Es un énfasis especial que manifiesta en alguno de sus escritos (1 Co. 1:1; Col. 1:1; Ef. 1:1; 2 Ti. 1:1). Sin embargo, es necesario entender en el contexto de la *Epístola*, el alto sentido que se le confiere a la expresión *voluntad de Dios*, como manifestación de soberanía que hace incuestionable Su deseo y realizable toda Su determinación. Es en base a la *voluntad de Dios* que se opera la elección (Ef. 1:5), y de la misma manera fue *su voluntad* la que hizo posible con la elección de Abraham la formación de un pueblo que se caracteriza por ser *escogido por Dios*, predestinados conforme “*al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad*” (Ef. 1:11). La iglesia y todo el programa para este tiempo, no es otra cosa

que aquello que “*se había propuesto en Sí mismo*” como expresión definitiva de *Su voluntad* (Ef. 1:9). La misma voluntad divina que salva, que crea, que establece las cosas, que gobierna la historia, que determina el futuro y que glorifica al creyente, es la que, actuando en relación con Saulo, lo hace llegar a ser lo que es: “*apóstol de Cristo Jesús*”. Ese apostolado no depende ni es determinado por voluntad de hombres, sino que es la expresión incuestionable de la voluntad de Dios. Siendo apóstol, enviado, debe prestarse atención también a quienes fue enviado: es, por el análisis de la Escritura, el apóstol de los gentiles, o el apóstol enviado a los gentiles, lo que equivale a ser el *enviado* con un ministerio específico para el mundo gentil. Esa fue la determinación de la voluntad divina: “*Instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes*” aunque, como apóstol, lo es también para “*los hijos de Israel*” (Hch. 9:15). Pablo era muy consciente de ese llamamiento celestial al apostolado: “*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles*” (Gá. 1:15-16). Los demás apóstoles entendían que éste era el ministerio que Dios, en Su voluntad, disponía para él: “*Antes por el contrario, como vieron que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión (pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles) y reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión*” (Gá. 2:7-9).

Siendo el apostolado de Pablo una determinación de la voluntad divina, Su mensaje escrito tiene la misma autoridad que el resto de la Escritura, como de procedencia e inspiración divinas. Cada palabra en el escrito original es revelación de Dios y ha sido plenamente *soplada* por el Espíritu (2 Ti. 3:16). El escrito de esta *Carta* en su totalidad, inspirado plenariamente por Dios, tiene la autoridad divina y ha de ser obedecido y aceptado sin condiciones. El Nuevo Testamento coloca los escritos de Pablo al mismo nivel que los del Antiguo Testamento (2 P. 3:15-16). Todo el contenido de esta *Epístola* es, pues, norma de fe y conducta, formando parte del contenido de nuestra *santísima fe*. El creyente tiene que aceptar el escrito al mismo nivel que cualquier otro de la Escritura y “*contender ardientemente por la fe que ha sido dada una vez a los santos*” (Jud. 3).

καὶ Τιμόθεος ὁ ἀδελφός. En la presentación y el saludo, uno consigo a un colaborador suyo, bien conocido por los corintios, como literalmente se lee: “*Timoteo, el hermano*”. Es posible que fuese uno de

los mensajeros enviados a Pablo desde la iglesia, para consultarle asuntos urgentes e informarle de la situación que estaban atravesando. Pudiera considerarse como el *secretario* del apóstol, o incluso algunos hablan de él como el amanuense que escribió la *Epístola*. Pablo lo menciona y trata con una exquisita delicadeza, asociándolo en el saludo, pero no en el contenido del escrito que es únicamente del apóstol. Timoteo era, o se convirtió en un colaborador de Pablo de forma especial en relación con la iglesia en Corinto. El orden sintáctico de la oración, excluye totalmente a Timoteo del apostolado, presentándolo como *un hermano* que estaba con Pablo cuando escribió la *Epístola*.

τῆ ἐκκλησίᾳ τοῦ Θεοῦ τῆ οὔσῃ ἐν Κορίνθῳ. Inmediatamente de la identificación del remitente aparece la de los destinatarios, “*la iglesia de Dios que está en Corinto*”. Siendo idéntica la introducción hasta aquí a la de la *Primera a Corintios*, se traslada lo dicho allí en relación con la iglesia en Corinto, destinataria de la *Epístola*.

El término *iglesia*, fue de uso común entre los cristianos desde el comienzo del establecimiento de las congregaciones, para diferenciarse de los judíos, con sus sinagogas, y de los paganos con sus templos y costumbres idolátricas. Siendo esta una palabra tan extensamente usada en el Nuevo Testamento, cabe hacer aquí una síntesis doctrinal de este concepto, para evitar cualquier equívoco.

El término *iglesia* es una palabra tomada del griego para darle un sentido propio. Se usa en distintas acepciones, incluso para hablar de una convocatoria a una multitud no cristiana, como es el caso de los efesios congregados en el estadio para gritar a favor de la diosa Diana (Hch. 19:32, 39, 40). Cuando se hablaba de concurrencia de personas, de una asamblea o de un concurso, los griegos usaban muchas veces la palabra ἐκκλησία, *iglesia*. Esa misma palabra se usa para referirse a la congregación de Israel en el desierto (Hch. 7:38). En los evangelios solo aparece dos veces (Mt. 16:18; 18:17). La palabra se aplica fundamentalmente en el Nuevo Testamento para designar al conjunto de creyentes elegidos por Dios, llamados por Él, salvos por Cristo, regenerados por el Espíritu Santo que, bautizados por Éste en Cristo, quedan vitalmente unidos por el mismo Espíritu, para formar una unidad espiritual que se conoce también como *cuerpo de Cristo*. En sentido total se le conoce como Iglesia universal o trascendente; en el sentido temporal, se le denomina iglesia local. En este último se encuentra ciento diez veces, de las ciento catorce que aparece la palabra en el Nuevo Testamento. La iglesia local no es una parte de un todo superior que la engloba a todas ellas, sino células locales completas en las que la Iglesia se manifiesta y

expresa. Etimológicamente la palabra ἐκκλησία, *iglesia*, está formada por el prefijo con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *sacar afuera*, y el verbo καλέω, *llamar*, unidas ambas adquieren el sentido de *llamar afuera*. La Iglesia, por tanto, son los *llamados* o *convocados fuera*. Ese es el concepto del apóstol Pedro: “*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquél que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*” (1 P. 2:9). La enseñanza es clara, la iglesia está formada por el pueblo que Dios ha redimido y que Él mismo llamó *de las tinieblas*, para congregarlo en una nueva situación que se llama *su luz admirable*. Sin ninguna diferencia el concepto del apóstol Pablo es el mismo: “*El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*” (Col. 1:13).

Aunque la Biblia no es un libro de *definiciones* podemos encontrar en ella los elementos necesarios para dar una sobre la *iglesia*. En primer lugar, es un pueblo *de formación divina*: “*Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre*” (Hch. 15:14). En este pueblo de Dios no hay limitación alguna de raza o condición: “*Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades*” (Ef. 2:14-16). Es también un pueblo de condición celestial, porque la ciudadanía de cada creyente está en los cielos (Fil. 3:20). La iglesia es de propiedad divina; Jesús dijo que Él edificaría *Su iglesia* (Mt. 16:18). Este cuerpo y pueblo es un don que el Padre dio a Su Hijo (Jn. 6:37, 39; 17:6, 9, 11, 12). Además, la Iglesia es un cuerpo espiritual del que Cristo es la cabeza (Ef. 1:22-23).

La iglesia es un pueblo adquirido por Dios. El precio del rescate de la iglesia ha sido la vida Su Hijo (1 P. 1:18-20). Dios pagó un precio infinito por cada creyente que puesto en Cristo forma parte de la iglesia. La vida del Señor fue entregada en sacrificio, que hace posible que la penalidad del pecado de cada salvo quede resuelta en Él, que muere, no sólo a favor de los salvos, sino en sustitución, es decir, ocupando el lugar de cada uno. No hizo Dios el pago del precio de redención con cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa de Su Hijo. Su sangre vertida, expresión equivalente a Su vida entregada, hace expiación por el pecado (Hch. 20:28; Ro. 5:9; Ef. 1:7; 2:13; Col. 1:20; He. 13:12; 1 Jn. 1:7; Ap. 1:5; 5:9).

La iglesia es un cuerpo de fundación divina. El Padre elige en Cristo, llama y sella a los creyentes según Su voluntad (Ro. 8:29, 30; Ef. 1:5). El Hijo salva y redime a todo aquel que llamado por el Padre acude a Él reconociéndolo como Salvador y aceptando Su obra por fe. Jesucristo salva y compra a la Iglesia (Jn. 10:11; Hch. 20:28; Ro. 5:8-10; Gá. 2:20; Col. 1:13, 14; 1 P. 1:18-20). Cristo es la única puerta de acceso a la salvación y por tanto a la Iglesia (Jn. 10:7-9). El Espíritu Santo regenera a quien cree comunicándole una nueva vida, al darle la vida eterna (Jn. 3:3, 5-8; Ef. 2:1) haciéndole participante de la divina naturaleza (2 P. 1:4). El nacimiento de la Iglesia tuvo lugar en Pentecostés (Hch. 2:1-4). No fue en la vida de Cristo, ya que Él la menciona en tiempo futuro (Mt. 16:18). En los evangelios no se usa más que dos veces el término Iglesia, en la acepción doctrinal del Nuevo Testamento. En Pentecostés comienza un oficio distintivo del Espíritu en la presente dispensación, que es el *bautismo*, por el cual cada creyente es *sumergido* en Cristo para la formación del cuerpo que es la Iglesia (1 Co. 12:13). Ésta es ahora el nuevo *santuario* de Dios, en donde las tres Personas Divinas se manifiestan, siendo la Persona residente en ella el Espíritu Santo, de quien la Iglesia es Su templo (Jn. 14:17; 1 Co. 3:16-17; Ef. 2:22). La Iglesia está formada por todos los salvos. En esa formación se aprecia la actuación de las tres Personas Divinas. En un solo texto se precisa esta actividad divina: “*Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*” (Ro. 8:30). En el plan de salvación, a quienes Dios conoce y para los que fija un destino eterno, también llama. Aquello que se produce en la eternidad, conocimiento y predestinación, se ejecuta en el tiempo de los hombres, comenzando por el llamamiento a salvación. Quien llama a los pecadores es el mismo que los conoció y predestinó, el Padre. En la salvación intervienen siempre las tres Personas Divinas: El Padre que llama, el Hijo que redime y el Espíritu que regenera. De otro modo, el Padre convoca en el tiempo a los que salva. El llamamiento se hace por medio del evangelio: “*a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo*” (2 Ts. 2:14). Sin el llamamiento del Padre la obra de salvación no alcanzaría a los hombres con el propósito para la que fue hecha, ya que nadie puede ir a Cristo sin el llamamiento del Padre. Así dice Jesús: “*Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere*” (Jn. 6:44). El verbo que se traduce en el versículo del evangelio como *trajere*<sup>15</sup>, significa *arrastrar* o, si se prefiere, *traer arrastrado*. Indica no solo un llamamiento sino una acción impulsiva comprendida en él. El llamamiento del Padre es la manifestación de la gracia que implica también en él la obra del Espíritu (1 P. 1:2). Comprende la iluminación del pecador entenebrecido (He. 6:4);

---

<sup>15</sup> Griego: ἔλκω.

la convicción de pecado (Jn. 16:7-11); la dotación de fe salvífica, que se convertirá en una actividad humana cuando la ejerza depositándola, en una acción de entrega, en el Salvador (Ef. 2:8-9). A este llamamiento responde el hombre por medio de la fe. Con todo, esta operación del Padre, no es una *coacción*, sino una *atracción*. Aquel que envió a Cristo para salvar a los pecadores, envía luego a los pecadores para que sean salvos por Cristo. Este llamamiento de Dios es eficaz siempre en aquellos que Dios ha escogido en Su soberanía, como el mismo apóstol testifica: “*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia*” (Gá. 1:15). No significa esto que el evangelio no tenga un llamamiento universal a todos los hombres, llamándolos a salvación. El llamado del Padre, que *atrae* a los hombres a Cristo es algo cuestionado por muchos, que no alcanzan a entender claramente lo que tiene que ver con la soberanía divina y con la responsabilidad humana. Es necesario entender claramente que todo cuanto es de salvación, es de Dios, y todo lo que tiene que ver con condenación es de responsabilidad del hombre. Al llamado del Padre que atrae a los pecadores al Salvador, corresponde la justificación como consecuencia de la fe. Dios justifica a quienes reciben el llamamiento. El futuro de la Iglesia está bien definido. A quienes el Padre llama y son justificados, se establece para ellos la glorificación. La glorificación corresponde al futuro, pero la seguridad de la salvación la da como un hecho ocurrido. Es la forma habitual de expresar el futuro profético, mediante un pasado perfecto como hecho ocurrido. El propósito de Dios para los salvos es que sean conformados a la imagen de Su Hijo y esto sólo ocurrirá definitivamente en la glorificación, por tanto, a los que llama y justifica, también glorificará, pudiendo darlo como algo que inexorablemente se va a producir. Para la iglesia, esto es, para los que han creído en Cristo y han sido incorporados a Él, destina Dios una herencia que está reservada en los cielos (1 P. 1:4), por tanto, el disfrute sempiterno de ella pasará por la glorificación de los salvos. Dios, que guarda la herencia, guarda también a los herederos para ese fin (1 P. 1:5). El Padre encomendó la custodia de los Suyos a Cristo, poniéndolos en Su mano para que los resucite a todos en el día postrero (Jn. 6:40). Por estar en Cristo, la glorificación es ya un hecho *potencial* y *posicional* (Ef. 2:6). Un día recibirán también cuerpos gloriosos transformados a la semejanza del resucitado Señor (Ro. 8:11, 23; 1 Co. 15:43-53; Fil. 3:21; 1 Jn. 3:2). El poder de Dios está comprometido en la presentación de todos los Suyos delante de Él en Su gloria (Ef. 5:27; Jud. 24, 25; Ap. 19:7-8).

σὺν τοῖς ἁγίοις πᾶσιν τοῖς οὖσιν ἐν ὅλῃ τῇ Ἀχαΐᾳ, La *Epístola* va más allá de los creyentes de la iglesia local en Corinto, para alcanzar a *todos los santos que están en Acaya*, esto es, a los creyentes

que estaban en la provincia de ese nombre. Acaya era el nombre de la parte norte del *Peloponeso*, que incluía a Corinto y a su istmo. El emperador romano Cesar Augusto, dividió el territorio en dos provincias, Macedonia y Acaya. La primera incluía a Ilírico, Epiro y Tesalia, mientras que en la segunda estaban asentadas todas las de la parte meridional de Grecia. Es en este sentido como se usa mayoritariamente el término en todo el Nuevo Testamento. El que la *Epístola* se dirija a todos ellos, junto con los creyentes en Corinto, da al escrito una vinculación con todos los cristianos de aquella zona y es posible que muchos de ellos hubiesen sido alcanzados para Cristo por la acción de los creyentes en Corinto. En cualquier caso, aunque no se trata de una carta circular a las iglesias, incluye en ella a *todos los santos*.

Aunque había profundos problemas en la iglesia y eran propios de algunos creyentes que se congregaban allí, el apóstol utiliza para ellos el título de *santos*, estos son los fieles que constituyen el nuevo pueblo de Dios. El término ἅγιος, *santos*, equivale a *apartados*, refiriéndose, por tanto, a los que Dios a separado o apartado del mundo para Él mismo, que forma la expresión de *Su pueblo*. Son aquellos a quienes Dios ha puesto en el mundo para que le glorifiquen entre los hombres. Los que han sido regenerados espiritualmente, que son capaces de un *buen obrar*, como testimonio ante el mundo, de modo que no solo ellos glorifican a Dios, sino que son objeto para que el mismo mundo incrédulo lo haga, al ver el estilo de vida de cada uno de ellos (Mt. 5:48). No son impecables, la mejor prueba está en las muchas faltas que había en la iglesia a la que Pablo escribe, y mucho menos perfectos, pero son propiedad de Dios, apartados de entre los hombres para que proclamen "*las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable*" (1 P. 2:9). El adjetivo calificativo *santos* comprende a todo creyente, no importa en qué tiempo haya sido salvo. Son santos, porque están en Cristo, su lugar de vida espiritual. Lo son también porque han sido unidos a Él y separados de las tinieblas trasladándolos al reino del Hijo (Col. 1:13). Pueden ser muy imperfectos a los ojos de los hombres, pero son *santos* delante de Dios. Ese término, que califica a todos los creyentes, es usado continuamente por el apóstol en sus escritos (cf. Ro. 8:27; 1 Co. 14:33; Ef. 1:15; 3:18; 4:12; 5:3; 6:18; Col. 1:4; 1 Ti. 5:10; Flm. 5, 7; etc.). Todos los cristianos son santos, porque pertenecen al *pueblo santo* de Dios. Los creyentes son santos porque son el templo en donde Dios manifiesta Su presencia (1 Co. 3:16 s; Ef. 2:21). Dios llamó a los creyentes para ser santos (Ro. 1:7; 1 Co. 1:2). No solo son llamados para *ser santos*, sino que son escogidos por Dios, por tanto, *santos* (Col. 3:12). La condición de santos se alcanza, no por esfuerzo personal, sino por la posición de todos en Cristo, que se hace para cada uno de ellos *santificación* (1 Co. 1:30). Para hacerlo

posible el Señor los reconcilió a todos en Su cuerpo de carne por medio de la muerte (Col. 1:22). La santificación de éstos que son santos es una operación del Espíritu Santo, que los capacita para vivir la vida santa que corresponde a la condición de *santos* (1 Co. 6:11; 2 Ts. 2:13). La santidad práctica es la forma natural de la vida de aquellos que han sido llamados para ser santos, por tanto, la santidad no es una opción para el cristiano, sino la única forma natural de vivir la vida nueva en Cristo.

## 2. Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

χάρις ὑμῖν καὶ εἰρήνη ἀπὸ Θεοῦ Πατρὸς ἡμῶν καὶ  
 Gracia a vosotros y paz de Dios Padre de nosotros y  
 Κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ.  
 de Señor Jesucristo.

### Análisis y notas del texto griego.

Análisis: χάρις, caso nominativo femenino singular del nombre común *gracia*; ὑμῖν, caso dativo de la segunda persona plural del pronombre personal declinado *a vosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰρήνη, caso nominativo femenino singular del nombre común *paz*; ἀπὸ, preposición propia de genitivo *de*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Dios*; Πατρὸς, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Padre*; ἡμῶν, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre divino declinado *de Señor*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

Χάρις ὑμῖν καὶ εἰρήνη ἀπὸ Θεοῦ Πατρὸς ἡμῶν. Luego del remitente y de los destinatarios se incluye, como es habitual en la correspondencia antigua, un saludo general para ellos, que es peculiar y plenamente identificativo con el acostumbrado de los escritos del apóstol (cf. Ro. 1:7; 2 Co. 1:2; Ef. 1:2). Las dos palabras χάρις, *gracia* y εἰρήνη, *paz* son claves en la vida cristiana. La gracia es el modo de salvación (Ef. 2:8-9). En el Evangelio se anuncia también que Jesús, mediante Su obra, “*hizo la paz*” (Ef. 2:15). Con el tiempo esta fórmula pasaría al ritual de la introducción del culto cristiano.

La *gracia* es uno de los dos elementos manifestantes del amor divino, que se expresa bien en misericordia, como al *amor en extensión*, es decir, el amor que ama permanentemente y que lo hace para otorgar favores propios del *ágape divino* al compadecerse del sufrimiento humano. Esa es la razón por la que los ciegos de nacimiento clamaban a Jesús diciendo: “*¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!*” (Mt. 9:27). Ese amor expresado en misericordia se extiende para amar en todo

tiempo, de ahí que, en medio de la destrucción de Jerusalén a causa del pecado del pueblo, por medio de los babilonios, el profeta diga: *“Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana”* (Lam. 3:22-23). La gracia es algo más amplio y radical que la misericordia. Es el amor que desciende hasta la condición del miserable, de ahí, que cuando se habla de gracia haya un acompañamiento de descenso, como ocurre con la gracia de Jesucristo que se hace pobre siendo rico (8:9). Es el amor que *obliga* a Dios a descender al encuentro del hombre en Cristo Jesús. Nada mejor usado que el verbo *obligar* para referirse a la expresión de la gracia. Dios se obligó a Sí mismo para venir al encuentro del pecador en el Plan de Salvación, preparado en Su voluntad antes de la creación (2 Ti. 1:9). Dios ama por razón de vida, ya que una de las perfecciones de la vida de Dios en la naturaleza divina es el amor (1 Jn. 4:8). Él, por tanto, no es amor porque ama, sino que ama porque es amor. Para expresarlo en forma absoluta, a Dios le va la vida si dejase de amar. Su propia naturaleza le condiciona al amor. Sobre todo, la gracia alcanza la importancia plena como *causa y razón* de la salvación del hombre (Ef. 2:8-9). Sólo es posible la salvación por razón de la gracia. La fe es el medio instrumental para alcanzarla, pero de ningún modo, ni razón ni causa de ella. La gracia que salva al hombre lo hace para todo el proceso de la salvación. Es por gracia que Dios justifica al hombre (Tit. 3:7). De esa manera cuando el pecado abundó *sobreabundó* la gracia (Ro. 5:20), por cuya gracia Dios envía a Su Hijo para salvar al pecador. Pero, la salvación en la esfera de la santificación es también sólo posible por gracia. La gracia de Dios provee de lo necesario para que el cristiano pueda vivir una vida en santidad y llevar a cabo el servicio que Dios le ha establecido (1 Co. 15:10). De la misma manera la culminación plena de la salvación consistente en la glorificación del salvo, será una operación de la gracia (1 P. 1:13). La gracia es la fuente de la bendición para el cristiano, por eso Santiago dice que aún en las situaciones más difíciles como pueden ser las pruebas *“Dios da mayor gracia”* (Stg. 4:6).

Junto con el deseo de la administración de la gracia para cada creyente, está también el deseo de la paz, como bendición procedente de Dios. La gracia es la causa y razón suprema de todo bien, de la que también mana la paz para el disfrute y experiencia de la vida cristiana. De ella escribe el Dr. Hendriksen:

*“La gracia es la fuente. La paz pertenece al chorro de bendiciones espirituales que de esta fuente emanan. Esta paz es la sonrisa de Dios que se refleja en el corazón de los redimidos, la seguridad de la reconciliación mediante la sangre de Cristo, y la auténtica integridad y prosperidad”*

*espiritual. Es la gran bendición que Cristo otorga a la iglesia mediante su sacrificio expiatorio (Jn. 14:27), y que sobrepasa a todo entendimiento (Fil. 4:7)''<sup>16</sup>.*

La paz fue el admirable regalo que Jesús dejó a los Suyos y, por extensión, a todos los salvos, durante la última cena (Jn. 14:27). La paz allí adquiere dos sentidos: 1) El de *relación*, en el cual Jesús asegura que la ha dejado *hecha* con Dios, de modo que aquel estado de enemistad propio del pecado, quedó cancelado en la obra de reconciliación. 2) El de *experiencia*, ya que el Señor llama a vivir *Su propia paz*, la que como hombre experimentaba en medio del conflicto de la última noche. La paz de Dios inunda el corazón del salvo mediante la acción del Espíritu que la produce en él (Gá. 5:22). Por eso se demanda solemnemente que cada cristiano se aplique a la conservación de la unidad corporativa en Cristo “*en el vínculo de la paz*” (Ef. 4:3). La salvación, por medio de la regeneración, convierte a los creyentes en *pacificadores*, que los hace bienaventurados y les permite manifestar la condición de hijos de Dios: “*Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios*” (Mt. 5:9). En el mundo podrán encontrarse los que excepcionalmente son personas pacíficas. Esto es, los que huyen de los conflictos, los que nunca entablarían un pleito con nadie, los enemigos de las guerras y de las disputas. Este es el concepto que la sociedad suele tener de lo que es ser un *pacificador*. Sin embargo, el pacificador es aquel que *vive la paz* y, buscándola insistentemente, procurándola y promoviéndola. Paz en el concepto bíblico tiene que ver con una correcta relación con Dios. El que ha sido justificado por medio de la fe, está en plena armonía con Dios y siente la realidad de una paz perfecta que sustituye a la relación de enemistad anterior a causa del pecado (Ro. 5:1). El Señor vino al mundo con el propósito de *matar las enemistades* y anunciar las *buenas nuevas de paz* (Ef. 2:16-17). La demanda para el creyente en una vida de vinculación con Jesús, no puede ser otra que su mismo sentir (Fil. 2:5). Así que, la paz es una consecuencia y una experiencia de la unión vital con Cristo. La identificación con Él convierte al creyente en algo más que un pacífico, lo hace un *pacificador*. Esto es la forma natural de quien vive la vida que procede del Dios de paz (1 Co. 14:33). El desarrollo visible de su testimonio discurre por una senda de paz, por cuanto sus pies han sido calzados con el apresto del evangelio de paz (Ef. 6:15). La santificación adquiere la dimensión de la vida de paz, ya que es una operación del Dios de paz (1 Ts. 5:23). No se trata de aspectos religiosos o de teología intelectual, sino de una experiencia

---

<sup>16</sup> G. Hendriksen. *Efesios* Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1984, pág. 75.

vivencial y cotidiana, que se expresa en muchas formas y hace visible en ellas esa realidad. El pacificador manifiesta esa condición porque anhela la paz con todos los hombres, y hace todo cuanto le sea posible por estar en paz con ellos (Ro. 12:18), sintiendo la profunda necesidad de *seguir* la paz (He. 12:14). El *pacificador* anhela predicar a todos el Evangelio de la paz (Ef. 6:15); siente que Dios le ha encomendado anunciar a todos los hombres la paz que Él hizo en la Cruz, y procura llevarlo a cabo (5:20). Modela su vida conforme al Príncipe de paz que busca a los perdidos (Lc. 19:10); y restaura al que ha caído, ensuciando parcialmente su vida espiritual (Jn. 13:12). Eso los hace “*bienaventurados*” porque solo ellos pueden ser “*llamados hijos de Dios*”. Un título de honor superior a cualquier otro. Dios reconoce a todo el que cree en el Hijo, como hijo Suyo (Jn. 1:12). Pero, a éstos a quienes Dios reconoce como Sus hijos, el mundo debe *conocerlos*, por su conducta pacificadora que expresa la participación en la divina naturaleza, como hijos del Dios de paz (2 P. 1:4). Quienes los observan deben descubrir en ellos ese carácter divino (1 Jn. 4:17b). Éstos, que experimentan en ellos la nueva vida de que fueron dotados en la regeneración, buscan y viven lo que Dios hizo en ellos, esto es, la verdadera paz. Son creyentes que tal vez hablan poco de paz, pero viven esa experiencia. No son conflictivos, buscando agradarse a ellos mismos, sino que son capaces de renunciar a sus derechos con tal de mantener la paz. No transigen con el pecado, pero buscan al que ha caído para restaurarlo a la comunión con el Príncipe de paz. La paz de Dios se ha hecho vida en ellos, gozándose en esa admirable experiencia. No hay dificultad ni problema que logre inquietarlos en su vida cristiana, por tanto, al no estar ellos inquietos, no son medio para inquietar a otros, sino todo lo contrario. El que ha experimentado la realidad de la paz de Dios en su vida es un *pacificador*. Si no procura la paz y la sigue, debe preguntarse si ha tenido alguna experiencia personal con el Dios de paz. La diferencia entre un cristiano normal y un pacificador es que el primero suele hablar de Dios y Su obra de paz, el segundo vive al Dios de paz de tal modo que no necesita palabras para hablar de su paz. Las dos provisiones, tanto la gracia como la paz proceden de Dios, de donde procede toda bendición (Stg. 1:17), ya que ambas pertenecen al orden de la salvación y todo cuanto tiene que ver con ella proviene de Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9).

καὶ Κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ. La Primera Persona Divina, el Padre está patentemente presente en la bendición. Pero, al mismo tiempo también lo está, en plano de igualdad en el otorgamiento, la Segunda Persona, el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Primeramente, porque en su condición de Mediador único (1 Ti. 2:5), hace posible que la gracia divina llegue a los hombres, habiendo sido el depositario de ella desde la

eternidad (2 Ti. 1:9). La gracia administrada desde el principio del tiempo por Jesucristo, vino con Él en la entrada del Verbo eterno en el mundo de los hombres (Jn. 1:17), siendo manifestada en Él y por Él (2 Ti. 1:10). Esta unidad de Jesucristo en la concesión de la bendición de gracia y paz no es simplemente en razón de Su condición de Mediador, sino de Su propia deidad. Como Dios eterno en la unidad del Padre y del Espíritu, le corresponde la unidad en la bendición. De este modo, la bendición procede tanto del Padre como del Señor Jesucristo. Por esa razón no habrá ninguna bendición que los creyentes puedan recibir en la que no esté también involucrado como dador de la bendición el Señor Jesucristo, ya que en Él somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales (Ef. 1:3). Es necesario entender que los tres nombres dados al Señor en este lugar son absolutamente divinos. Él es *Señor*, título de soberanía divina dado a Dios, corresponde y le es propio a Jesucristo. El nombre de *Señor* define la condición de absoluta autoridad y dominio con que fue revestida la humanidad del Resucitado a causa de Su vinculación hipostática en la Segunda Persona de la Deidad (Fil. 2:9-11). Es importante apreciar que en la oración tanto *Dios* como *Señor* aparecen sin artículo, dando a entender tanto la única condición de Dios y también la de Señor en relación con Jesucristo. Sólo ante Dios se doblará toda rodilla, y sólo quien es Dios puede ser Señor, sobre todo. A este título de Señor, une el apóstol los de *Cristo*, el enviado y ungido de Dios y de *Jesús*, el título impuesto por Dios mismo para definir al encarnado Hijo, que desde la dimensión humana le cualifica para ser el único Salvador de los hombres (Mt. 1:21) el nombre que debía imponerse al que nacería, debía ser llamado Jesús. Ese nombre es la expresión griega del nombre hebreo *Y'hôsuâ*, *Josué*, que puede traducirse por *Dios es salvación*. La misión que tendría Jesús el Verbo hecho carne (Jn. 1:14) era la encomendada por Dios y determinada en Su propósito soberano de salvación desde antes de la creación del mundo (2 Ti. 1:9). En el tiempo de la ejecución del programa de salvación el Señor Jesús llevó a cabo la misión que como Dios había asumido en la eternidad (1 P. 1:18-20). La obra de salvación, es de valor y alcance universal (Jn. 3:16). Él venía para "*salvar a su pueblo*", lo que suponía una relación específica con Israel. Sin embargo, el Salvador no lo sería sólo de ellos, sino de todo el mundo. El alcance de *Su pueblo* incluye a todos los salvos. Éstos y sólo éstos, son el pueblo de Dios (1 P. 2:9), Sus hijos (Jn. 1:12), miembros de su casa y familia (Ef. 2:19) y herederos de todo en Cristo (Ro. 8:17). La deidad de Jesucristo está claramente expresada en el texto, ya que Jesús, el nombre del niño que nacía, es también el Cristo y es el Señor. Humanidad y deidad son inseparables, aunque sin mezcla, desde la encarnación del eterno Verbo de Dios.

La bendición adquiere aquí una doble vertiente: Es primeramente una bendición *paternal*, por cuanto procede del Padre, pero también es, en segundo lugar, una bendición *fraternal*, hermanable, porque procede de quien no se avergüenza de llamarnos Sus hermanos, haciéndose en todo semejante a nosotros (He. 2:11-12, 17). Por esta bendición, los creyentes ya no son sólo los *santos y fieles*, sino aquellos que están vinculados con Dios por medio de la salvación y de la paz. En esa calidad de bendecidos deben prestar atención a cuanto sigue.

### Gratitud por la ayuda divina (1:3-11)

#### Consolados para consolar (1:3-5)

### 3. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación.

Εὐλογητὸς ὁ Θεὸς καὶ Πατὴρ τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ,  
 Bendito el Dios y Padre del Señor de nosotros Jesucristo,  
 ὁ Πατὴρ τῶν οἰκτιρμῶν καὶ Θεὸς πάσης παρακλήσεως,  
 el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación.

#### Análisis y notas del texto griego.

Análisis: Εὐλογητὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *bendito*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre divino *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Πατὴρ, caso nominativo masculino singular del nombre divino *Padre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Señor*; ἡμῶν, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Πατὴρ, caso nominativo masculino singular del nombre divino *Padre*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; οἰκτιρμῶν, caso genitivo masculino plural del nombre común *consolaciones*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre divino *Dios*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido declinado *de toda*; παρακλήσεως, caso genitivo femenino singular del nombre común *consolación*.

Εὐλογητὸς. Después de la presentación el apóstol expresa su gratitud a Dios por la liberación que realizó en medio de los grandes conflictos que había padecido y que lo situaron al borde de la muerte (v. 8). Esta experiencia servirá para recordar a los corintios el privilegio de la comunión cristiana en medio de las pruebas, sobre todo en el aspecto de